

“M. Francisco María Rengifo, professeur au Rosaire, y faisait paraître (dans la REVUE DU COLLÈGE DU ROSAIRE), récemment une étude comparative de doctrines thomistes et de la science moderne. Dans cette étude, M. Rengifo se livre à *quelques réflexions qui, à coup sur, sont originales.*” (*Revue Neo Scolastique de Philosophie*, de Louvain.... XVII année, num 66, may 1910, pag. 259). (1)

TRABAJOS HISTORICOS

[TRIBUTOS DE ZIPAQUIRÁ PARA LA REVOLUCIÓN DE INDEPENDENCIA, por Luis Orjuela—Primer suplemento a la *Minuta histórica zipaquireña*—Bogotá—Imprenta de *La Luz*—1913—Páginas en 8.º XLVIII+258].

Si el señor don Luis Orjuela no estuviera tan alejado del trato de las gentes como un discípulo de San Pacomio, y no fuese tan desconfiado de sí mismo como solemos los colombianos serlo de los demás hombres, ocuparía en la estimación de las gentes uno de los puestos principales, cerca de Caro y de Cuervo y no lejos de Acosta y de Restrepo, como hablista y filólogo, como paciente y erudito historiógrafo.

Hace días nos obsequió con una preciosa *Minuta*, volumen de 600 páginas, relativa a su amada ciudad natal, y que, por falta de bombo, pocos nos dimos el gusto de leer. Como muestra del nuevo libro, va en seguida la primera parte del prólogo, escrito por el autor mismo de la obra y bautizado por él con el genial epígrafe *Al rededor de una patarata*. Allí expone su propio modo de escribir. Es este trozo un lindo capítulo de arte literario.

(1) Francisco María Rengifo, profesor en el Rosario, ha hecho aparecer recientemente allí (en la REVISTA DEL COLEGIO DEL ROSARIO), un estudio comparativo entre las doctrinas tomistas y las de la ciencia moderna. En este estudio, el señor Rengifo se entrega a *ciertas reflexiones que, a buen seguro, son originales.* (*Revista Neo Escolástica de Filosofía*, publicada por la sociedad filosófica de Lovaina.... Año XVII, número 66, mayo de 1910, pág. 259).

Al rededor de una patarata

Por afectar importancia y echar el resto, la nueva obra que hoy saco a la luz se presenta bajo cierto disfraz de impersonalidad, calculado adrede para disimular a las miradas de la malicia indiscreta, la pobreza del autor que la produce. Pero, aunque ninguno está descontento de su ingenio, yo declaro que no me satisface haberme habido con el presente aborto de manera tan ajena de lo que prometía de suyo mi peculiar temperamento.

La felicidad, las conveniencias privadas, la verdad, hasta la virtud misma, todo cuanto con recursos morales o intelectuales se desvive el hombre por alcanzar, reside en el término medio. Ya en tiempo de Feijoo, sin ir más lejos, se admitía que “siempre la virtud está colocada entre dos extremos viciosos.” Conviene, por tanto, que el saber no se aparte tampoco de esta ley; y así es que de la gramática, materia aquejada de no dejar de tener bemoles, parece que la tendencia del día se inclina a que no se tome más de lo preciso para no incurrir en vulgares y ya del todo reprobados despropósitos, abiertamente reñidos con los preceptos del bien hablar.

Engólfese, en buena hora, en las más tenues y sutiles delicadezas de tan grave estudio quien se sienta con natural disposición a abrazar la profesión de filólogo. Abrace esta profesión quien, como el incomparable don Rufino José Cuervo, con su portentoso conocimiento del habla humana y en especial con aquel penetrante espíritu analítico que le llevó a producir el más grande de los monumentos levantados a la lengua de Castilla, tenía derecho de ejercitar el prestigio necesario para eclipsar a cuantos le circundaban y para hacerse ceder por unánime aclamación el cetro de la sabiduría. Pero fuera del sapientísimo humanista que, enseñándonos a respetar contra la licencia las leyes de la tradición hispana, logró poner un dique a la corrupción que amena-

zaba acabar con el idioma; fuera de varón tan eminente, a quien, como himno nacional, las generaciones venideras con la cabeza descubierta le escucharán de pie, hay que confesar, si se quiere con dolor, que a las disquisiciones gramaticales acometidas aun por distinguidos hablitas les pasó la moda. Callados han quedado después de Cuervo hasta los sabios. ¿Qué nos habrá sucedido a los meros aficionados, aprendices y profanos? (1).

Soy el primero en reconocer lo descuidado de mi jerga, efecto de lo poco que me suelo ya parar en pelillos gramaticales. Purgado radicalmente el idioma, gracias a Cuervo, de pecados capitales equiparables al infecto *que* galicado, confieso que mi espíritu no ha vuelto a sublevarse sino al encuentro de tal cual gerundio empleado para denotar posterioridad en vez de coexistencia o inmediata anterioridad; al encuentro de un término regido de una misma preposición, en construcción, v. gr., con verbos o adjetivos que la piden distinta; al encuentro de un futuro de subjuntivo tomado erróneamente por el pretérito del mismo modo, o al contrario; al encuentro, ¡espeluznante encuentro!, de aquel lacayuno y cocineril *le*, así en singular, con referencia a un dativo plural que le sigue más o menos de cerca, errores éstos, y otros de la laya, como el bastardo y adocenado *dejar constancia* por hacer constar, que a aún viven en altas esferas a pesar de Cuervo, y a cuya presencia siento ímpetus de tirar lejos las hojas comprensivas de escritos, de otro

(1) Por lo que a mí toca, declaro que la poca filología que alcancé se quedó plantada como dos décadas atrás. Por eso, y por el desencanto que ha dejado en el público la materia, me he abstenido de dar la última mano tanto a un proyecto de simplificación del texto de ortografía más en boga—proyecto basado en la generalización del principio de afinidad y reducción a su minimum del escollo de los catálogos,—como a un bosquejo de tratado de gentilicios, general de todos ellos y particular de los gentilicios colombianos. Tentábame a este último ensayo el considerar que el gentilicio de cada pueblo sería un dato nuevo y harto útil, que hasta ahora no parece haber sido consignado, que yo sepa, en el diccionario alguno geográfico.

lado muy sesudos y gallardos, de la prensa periódica, departamento donde es más frecuente para mí el tropiezo con tamañas prevaricaciones (1).

Pero para lo de segundo orden, para pequeñeces de poca sustancia, no acierto a explicarme por qué me voy volviendo casi insensible. Si se puede o no se puede decir *prescindencia*, *abnegado*, *connotado*, *implantar*, *festinar*, *anarquizar*, porque estas voces estén o no estén en el Diccionario oficial, no se lo discuto a nadie: prescindiendo de las permisiones que otorgan las leyes de la derivación, muchedumbre de nombres sólo entre los gentilicios, puedo citar que no están en la Academia, y sí en los clásicos; si un escritor apela a dos sustantivos sinónimos para presentar con las fugitivas variantes de la sinonimia el objeto que con ellos se nombra, allá se las haya: el caso no me parece para levantar polvareda; si en construcción con verbo que no

(1) Modernamente viene invalidando nuestro modo de hablar una intempestiva oleada de enclíticos en casos en que tradicional y uniformemente ha acostumbrado la lengua usar los afijos. Por ejemplo, en proposiciones subordinadas: era imposible que *hiciera* nada más absurdo. Y al lado de tal corruptela trata de sentar plaza el amaneramiento de emplear sin necesidad los reproductivos *él*, *ella*, *ellos*, *ellas*, cuando no hay que distinguir, o no es el caso de hacer contraste, entre sujetos de distintos géneros y números. *Observó él*, se dice afectadamente aun hablándose de un sujeto masculino singular, único que se acaba de nombrar y que no se puede confundir con otro. No es posible enmendar la plana a Bello, autor que, como de costumbre, es completo en la exposición sensata de estas materias.

De igual modo con tenara yo a presidio, ya que entre nosotros no hay cómo echar a galeras, dos perversos vocablos que aquí nos han caído en gracia y usamos a roso y velloso, a saber: el anticuado *mundial* (éralo ya para Terreros), resúcito que no habiendo tenido en sus mocedades otra acepción que la de *mundano*, ha sabido ingeniar para suplantar al irreprochable *universal*, hasta el punto de dejarle sin funciones; y el bárbaro *partidario*. Hoy ya nada se juzga con criterio *de partido* ni con espíritu sectario o benderizo, sino con criterio *partidario*, voz ésta que, formada de *partidario* y la terminación *ista*, da a entender que hay un criterio aun más que de partido, porque es *partidario del partidario*.

esté en infinitivo se debe decir *antes que* o *antes de que*, *después que* o *después de que*, cuestión será de buen gusto, aunque yo en este particular, como en todos los casos de su clase, viendo que escritores de nota están unas veces por lo uno y otras por lo otro, salga de mi perplejidad consultando, para seguirlo, el dictamen de don Rufino José, confiado en que me va bien en arrimarme a tan autorizada opinión. En suma, respecto de pecados que yo tengo por veniales, ignoro cuál es la causa para que, después de haber sido un intolerante y descontentadizo purista de parroquia, despiadado flagelador de errores, estoy dando en la flor de ser un tanto de manga ancha. Casi todo se lo sacrifico a la claridad y al buen sentido, y eso me parece que basta.

Lo que sí observo es que el mismo señor Cuervo, a proporción que avanzaba en profundidad y ensanchaba los dominios de su tan vasta como fructuosa lectura, iba recogiendo velas y atemperándose, de edición en edición de sus felices *Apuntaciones*, a mejores luces respecto de expresiones y palabras antes por él rotundamente estigmatizadas. Ejemplos: el uso preposicional del adverbio *donde*, a semejanza del uso castizo del adverbio *cuando*: *donde Juan, cuando la guerra*; *policia* en el sentido, no del cuerpo ni de la institución, sino del individuo: *un policia*; *altiplanicie*, y así de otras muchas voces y frases (1).

Pero lo que para este mi estado de indiferencia ha podido influir no es, no puede ser, el progresivo adelanto a que insensiblemente obedecen los espíritus cultos, flexibles y conciliadores, verdaderamente privilegiados. Lo que en realidad ha provocado en mí un estado de tolerancia que yo mismo desconozco, ha sido: primero, el considerar que el fruto del excesivo criticar puede llegar a ser el de retraer de escribir. A mí me gusta mucho más admirar bellezas que buscar defectos. Defectos se encuentran en toda obra, inclusive

(1) Con *altiplanicie* es tanto más justificada la contemporización cuanto en *justiprecio* se ve una manera análoga de formación, perfectamente acorde con la índole de la lengua.

las más perfectas (testigos a propósito del *Quijote*, entre otros, Pellicer y Clemencín), si se les escudriña con linterna, así como manchas en el sol si se ocurre al telescopio. Y segundo, el desaliento en que me ha puesto el palpar lo difícil que es poseer la plenitud del idioma. Cuando ya hay dogmatizadores que, al estilo del Padre Juan Mir, excomulgan de la comunidad de los buenos hablitas al mismo señor Cuervo, ¿a qué santo nos encomendamos los que en nuestra escala no alcanzamos ni a milésimos de la altura a que raya el esclarecido filólogo? ¿Dejamos el oficio? Si en España mismo no se habla el castellano, ¿dónde se habla? Si Cuervo no logró hablarlo, ¿quién lo logrará? ¿Y qué cosa es el castellano? ¿Es éste acaso un idioma sólo accesible a mortales levantados por la vanidad a la empírea mansión de los semidioses?

Siendo así, pues, que si en el mundo no hay quien hable este idioma, puro, a mí, pecador, no me incumbe sino confesar que, con todo mi temor nimio y servil por las faltas contra la gramática y el buen gusto, yo también he solido cometer el desaguisado de *tlarme el lujo, me donner le luxe*, a la francesa (inocente lujo, desde luego que no hay peligro de que nadie se contamine con mi ejemplo), *darme el lujo* de algunas barrabasadas, tales como la de esfumar *siluetas*, palabreja ésta que he sorprendido arrastrando vida vergonzante, refugiada por ahí en el lugar respectivo de Campano. Loro viejo no aprende a hablar, se ha vuelto axioma de mi gasto, y estoy resignado a no alcanzar ya a dar palotada en achaques de impecabilidad gramatical ni a pasar del *be a, ba*. No obstante el conocimiento de mi insuficiencia y el convencimiento de que conmigo no se entienden las leyes de la gramática, dígame en este prólogo: a un lado escrúpulos, pelillos a la mar, y de ahí que no me recate de echar también mi cuarto a espadas, aunque sólo, ya se ve, en lo que atañe a un punto de mi jurisdicción privativa. Es obvio que una decisión en lo mío, mal puede obligar a terceros.

Y es el tal punto que, cuando en el discurso de una obra el autor tiene que nombrarse a sí mismo, la experiencia me ha enseñado que no hay como la primera persona de singular, pluralizable cuando convenga. Con ella como más categórica, ni es fuerza echar mano de oficinescas perfrasis, ni hay lugar a anfibologías. La sinécdoque tan admitida de designarse el escritor invariablemente en plural asimilándose a persona constituida en alta dignidad, tiene sus inconvenientes. No se sabe qué hacer cuando hay, pongo por caso, un predicado que se refiere al sujeto. ¿Va ese predicado en singular? ¿Va en plural? La gramática está por lo último, pero la cosa no siempre es posible. No lo es cuando corresponde a un sustantivo hacer veces de predicado. Aunque en boca de un rey de España hallo muy natural que el gran personaje dijera: *Somos señor de las Indias Occidentales*, protesto que acá en lo nuestro, esto es, en lo ordinario y plebeyo o de tejas abajo, me hiere un tanto el oído una expresión como la de *nosotros hemos sido hasta leguleyo*, donde el plural para *leguleyo* sería inadmisibile. Esto a mí me ha sabido siempre a solecismo, a semejanza del que, aun con adjetivos o con participios adjetivos por predicados, cometen en todo caso los escritores franceses para cortar el nudo, diciendo, por ejemplo, *nous sommes obligé*, con el predicado uniformemente en singular.

Sin proscribir, pues, ni tampoco reverenciar al célebre Mr. de la Rochefoucauld, cuyas *Máximas* me son tan familiares.... de oídas; sin combatir, ni tampoco acatar sus de mí apenas maliciadas ideas sobre el amor propio; sin dejar de respetar en ningún caso el derecho que cada cual tiene de seguir la práctica que me mejor le cuadre con relación al tono y elevación de su obra, yo por mí resuelvo para este prólogo, y para todo nuevo parto que en estilo familiar insista en dar a la estampa, resuelvo, vuelvo a decir, como lo permita el asunto, abrazarme con todas mis fuerzas del limpio y pelado *yo*, personaje de toda mi intimidad y en quien puede muy bien creerse que desde temprano traigo puestas

mis mayores complacencias. Por un medio tal me dejo arrullar por la idea de que insensiblemente me voy arrimando a insignes *yoístas* (no *egoístas*), gramaticalmente hablando, y de que así, como quien no quiere la cosa, mi chirumen va asimilándose algo de la poderosa dialéctica de un Aníbal Galindo, de la gracia clásica de un don José Manuel Marroquín, o del desenfado, soltura y naturalidad de un don Juan Francisco Ortiz. Por el mismo medio, además, es claro que lograré dar un tinte más personal y definido a mis propias impresiones, ya que memorias no les es lícito escribir sino a los afortunados que han hecho importante papel en grandes acontecimientos, o que con una acción constante han sabido influir sobre la suerte de las naciones, a la manera que en Europa pudo escribirlas, digamos, un Canciller de Hierro, o entre nosotros las escribió un General Francisco de Paula Santander.

¿De impresiones hablé arriba? Pase la expresión, por ser la propia; pero téngase presente, por vía de aclaración, que, cuando así me produzco, no me refiero a las impresiones que se adquieren por los sentidos, pues aunque peinando canas, todavía no es cuestión de no alcanzar a mascar el agua, y en buena ley discurro que no estoy en el caso del benemérito don Ramón Blanco para haber alcanzado a presenciar hechos acaecidos hace más de un siglo. Es palmario que no trato sino de aquellas otras percepciones que acuden a la mente por el canal de la lectura y a poder de una no dormida ni dormilona investigación.

Tras de un preámbulo que en manera alguna podrá tacharse de corto, cumple ahora anunciar que sale a la escena pública un desconocido período de la vida de Zapaquirá, y en Zapaquirá y poblaciones similares uno de los más dignos de estudio, cual es el que coincide con la épica conquista de la Independencia nacional.

—¡Zapaquirá! va a exclamarse a esta noticia por todos los labios en coro, como si a los lectores les cayese un chorro de agua fría a todo el largo de la columna vertebral.

¿Otra vez Zipaquirá? ¡Mal pecado! Esto ya hastía y da en cara.

—Sí, señores; Zipaquirá y otra vez Zipaquirá. Y no se extrañe la tenacidad de que, como dentista al asegurar una pieza de la boca con sus pinzas, me valgo para no aflojar mi eterna muletilla. Es el caso que si de un lado cada cual debe tener bien medidos sus alcances, del otro hay que ver que el asunto no le quede grande al autor que con él se atreve. Bueno estaría yo para arriesgarme a estas horas de mi vida por esos trigos dilatados donde hay que penetrar con brújula, lo que equivaldría a meterme, al cabo de la jornada, en camisa de once varas.

Así pues, cuando echo cuentas que allá entre sus adentros los altos escritores nacionales me zurren y me zaran-dean a todo su sabor por no andar intrigado sino en pampinas lugareñas, y cuando los espíritus lugareños se hacen los asombradizos de que yo no pruebe mis fuerzas en los altos problemas nacionales, a los primeros les respondo, *in pectore*, que para la elucidación de las grandes cuestiones que interesan a la vida nacional, no son plumas lo que falta; que no gustando yo de chocar con nadie ni de oscurecer a nadie (si es que un ente hace sombra), huyo de buscar émulos, ya que no puedo captarme amigos; y que no es de mi cuerda trasegar con harina que no es de mi costal. En suma, ni envidioso ni envidiado, así es como me quiero. Y a los otros me contento con recordarles que los que tenemos desarrollada la parte posterior del cráneo, correspondiente al cerebelo—parte donde, según los frenólogos, reside *l'amour des enfants*, que en resumen no es sino el amor de las niñerías,—pertenece, si somos garrapateadores, a la clase de los escritores ardillas, los cuales

En obras frívolas gastan
Todo el calor natural.

Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicase bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO — FILOSOFIA—

CIENCIAS — LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto Enero y Diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

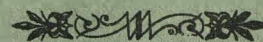
Número suelto.....\$ 20 ...

Suscripción por año (adelantada)..... 180 ..

Número atrasado..... 30 ..

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, Sr. D. CARLOS UCRÓS, Colegio del Rosario, calle 14, número 73.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido. No se admiten remitidos ni anuncios.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico